

LA CONTRARRETÓRICA DEL MIEDO: DIÓDOTO EN LA CUESTIÓN MITILENIA

Henry Campos Vargas*

A doña Luciana Sparisci Loviselli

RESUMEN

Este artículo examina el discurso de Diódoto, transmitido por Tucídides, sobre la cuestión del pueblo de Mitilene. Como herramientas se emplean, fundamentalmente, el modelo aristotélico, la pragma-dialéctica y la propuesta de Perelman y Olbrechts-Tyteca.

Palabras clave: Retórica, discurso político, Diódoto, temor, figuras retóricas.

ABSTRACT

In this article, it is examined one speech of Diodotus, broadcast by Thucydides, on the case of people of Mytilene. Primarily, it is applied the Aristotelian model, the pragmadialectical and the proposal of Perelman and Olbrechts-Tyteca.

Key Words: Rhetoric, political discourse, Diodotus, fear, figures of speech.

1. Introducción

Parafraseando a Barthes, puede decirse que el habla nunca es neutral (2003: 51). En palabras de Christian Plantin:

La palabra tiene, pues, una doble función, designa y orienta, o, más bien: al designar las cosas de una determinada manera, la palabra revela la orientación del discurso. Lejos de ser un simple "elemento" del discurso, la palabra es, así, el **holograma** del discurso (2008: 103, la negrita es del original).

El discurso se comporta como un vector: tiene magnitud y dirección, es decir, representa un tipo de *fuerza*. Esto no es nada nuevo, ya que nuestra experiencia cotidiana nos muestra que fácilmente reconocemos que hay argumentos más fuertes que otros, por ejemplo, o que hay expresiones fuertes, así como las hay débiles.

De esta manera, de un niño que acaba de ejecutar una petición de su padre, alguien podría expresar: "Él es obediente". Aunque a simple vista este enunciado parezca una mera descripción, es fácil identificar un sistema de valores subyacente que fundamenta, en ese caso, una valoración positiva del niño. Al contrastarla con enunciados como "él es un manipulador", "es un servil", o "no es independiente", podría parecer que aquel enunciado era *más objetivo* que estos, pero, en realidad, no es más que un ejemplo del mismo procedimiento: el de juzgar valorativamente la realidad.

Ciertamente, la mayor parte de las oraciones contienen valoraciones, en virtud de la "enciclopedia" mental que está asociada a cada expresión. Tal y como expresa van Dijk:

Pero si denominamos a alguien "luchador por la libertad", "rebelde" o "terrorista", optamos por

* Profesor, Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, Universidad de Costa Rica.
Recepción: 12/05/11. Aceptación: 29/06/11.

un léxico diferente que depende mucho más de la opinión que nos merezca dicha persona; esta opinión, a su vez, depende de nuestra posición ideológica y de las actitudes que tengamos respecto al grupo y a las personas que pertenecen a él. Dicho de otra forma, debemos buscar las propiedades del discurso que muestren claramente las variaciones ideológicas de los modelos contextuales subyacentes, los modelos de acontecimientos y las actitudes sociales (2003: 56).

La propia ciencia no está exenta de esta característica, ya que a su descripción "objetiva" está asociada un claro componente ideológico, el cual no puede negarse, por más que nos hayamos identificado con sus ideales y propuestas.

A una descripción como "la velocidad de la luz en el vacío es de trescientos mil kilómetros por segundo (en realidad, es ligeramente inferior a esta cifra), subyace una forma de ver el universo, el método científico, una "valoración" de enunciados con estas características en detrimento de otros menos "objetivos".

En contextos argumentativos, aserciones aparentemente neutrales como "el árbol mide cuatro metros de alto", obedecen a tendencias o formas de apreciar la realidad. Por ejemplo, un interlocutor *A* podría afirmar: "Ese árbol es demasiado alto", a lo que otro, *B*, contestaría: "¡Pero si ese árbol mide cuatro metros de alto!". Aquí, la altura del árbol descrita cuantitativamente se asocia con el criterio de *B* de que cuatro metros no es una altura excesiva para un árbol en esas circunstancias.

2. *Ethos, pathos y logos*

Diódoto, el orador objeto de este análisis ofrece, como se verá supra, un discurso con tendencia neutral. Empero, tanto la ecuanimidad como la racionalidad que empleará, están asociados tanto a un *ethos* específico que él desarrollará como a un *pathos*, ambos sentido aristotélico, con gran fuerza persuasiva y argumentativa. Tal y como expresan Gill y Karen, parafraseando a Aristóteles:

Primero, puede persuadirse a los oyentes mediante el *ethos* o carácter del orador: [Creemos] a las personas imparciales en mayor grado y más rápidamente [que a las otras]" (1991:1356a6). Segundo, puede persuadirse a los oyentes mediante el *pathos* o emoción. "[Porque] no emitimos el mismo juicio cuando estamos afligidos o alegres, o cuando somos amistosos u hostiles" (1356a15). En tercer lugar, se los puede persuadir mediante el argumento mismo del discurso, o *logos*: los oradores que presentan una tesis y luego la defienden con pruebas y razonamientos nos convencen más pronto y con mayor facilidad (Gill y Karen 2003: 235).

Pues, tal y como explica el pensador de Estágira:

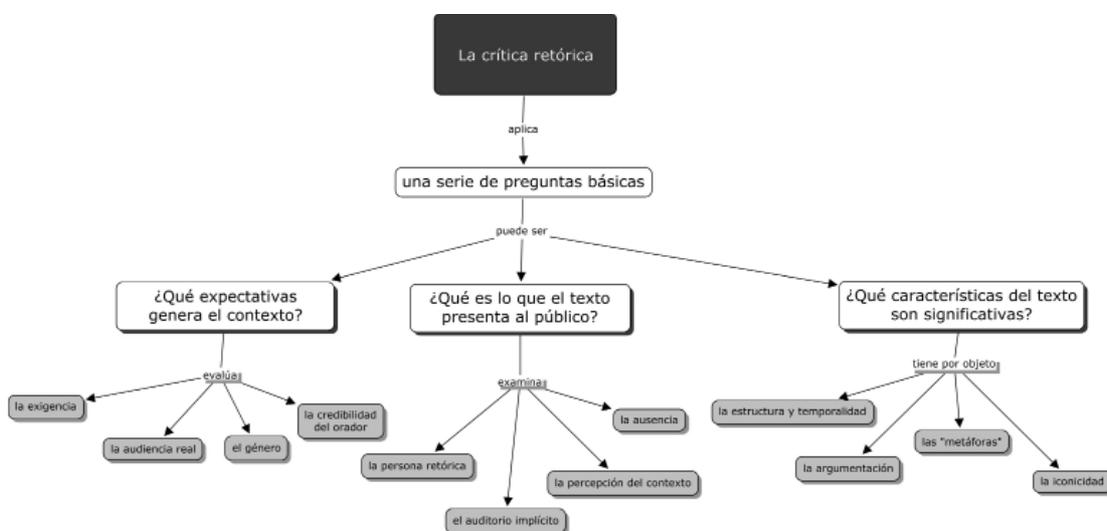
Pues bien, <se persuade> por el talante (*ethos*), cuando el discurso es dicho de tal forma que hace al orador digno de crédito. Porque a las personas honradas las creemos más y con mayor rapidez, en general en todas las cosas, pero, desde luego, completamente en aquéllas en que no cabe la exactitud, sino que se prestan a duda; si bien es preciso que también esto acontezca por obra del discurso y no por tener prejuizado cómo es el que habla. Por lo tanto, no <es cierto que>, en el arte, como afirman algunos tratadistas, la honradez del que habla no incorpore nada en orden a lo convincente, sino que, por así decirlo, casi es el talante personal quien constituye el más firme <medio de> persuasión (1999: 1356a5-15, 176, ni el paréntesis ni la itálica están en el original).

Su *pathos* moverá a la *calma* al auditorio, ya que la prudencia y racionalidad a la que llamará a la asamblea despiertan actitudes y conductas que no son ajenas al campo emocional.

Por su parte, su *ethos* configura una persona retórica, tal y como la *crítica retórica* describe.

Las actividades de los críticos retóricos en los últimos treinta años han sido bastante variadas; sin embargo, lo que tienen en común es la explicación de la interacción dinámica existente entre un texto retórico y su contexto, es decir, *el modo* en el que un texto refuerza, altera o responde a las opiniones de un público determinado, o del tejido social de la comunidad (Gill y Whedbee 2003: 236).

El siguiente mapa conceptual muestra, en términos generales, una de las formas en que puede desarrollarse la crítica retórica.



De la *persona retórica* se puede apuntar que:

En la crítica literaria es común distinguir entre el autor de una obra literaria y la persona ficticia del autor creada en esa obra. De modo similar, los críticos retóricos distinguen a menudo entre un orador (o hablante) y la persona creada en el texto retórico (Gill y Whedbee 2003: 245).

En efecto, la *persona retórica* es esa especie de *imagen* que el orador (o autor) crea de sí mismo en función y con ocasión del texto.

El discurso que se examinará en este estudio fue la tesis que Diódoto ofreció a la asamblea ateniense para rebatir la tesis de Cleón, hijo de Cleóneto. Cleón ante la sublevación de Mitilene (ciudad ubicada en la isla de Lesbos) una vez sofocado el movimiento y arribado a Atenas un grupo de prisioneros responsabilizados por tales acontecimientos, propuso condenar a muerte a todos los hombres mayores de edad y vender a los niños, junto con las mujeres, como esclavos. Esta recomendación fue aprobada. La sublevación tuvo lugar en el quinto año de la primera etapa de la Guerra del Peloponeso (aproximadamente 428-429 a.C.), es decir durante la guerra arquidámica, así llamada en honor a Arquidamo, rey de Esparta en esa época.

Sin embargo, al día siguiente, la asamblea ateniense consideró deliberar nuevamente sobre el tema, ya que la resolución inicial pareció a algunos demasiado severa. La serie de eventos relativos a este tema, así como los “discursos” atribuidos a los oradores que participaron, han sido transmitidos por Tucídides en el libro III de su *Historia de la Guerra del Peloponeso*.

En el caso de Cleón, a su discurso autoritario correspondió una *persona retórica* igualmente autoritaria, amenazante, tal y como se aprecia en el siguiente pasaje, que corresponde al inicio de su intervención:

Ya en otras muchas ocasiones me he dado cuenta de que una democracia es incapaz de mandar sobre otros, y más ahora ante vuestro arrepentimiento respecto de los mitilénios. Porque debido a la libertad y falta de temores en que vivís en vuestras relaciones particulares, la tenéis también respecto a los aliados (...) (Tucídides 1952: 37, p. 38).

Durante el curso de las distintas Guerras del Peloponeso, Atenas se caracterizó por una fuerte pugna entre demócratas y oligarcas. Conviene tener muy presente este factor, ya que muestra que la cuestión mitilénica se enmarcaba dentro de un eminente conflicto ideológico.

Según van Dijk,

(...) las ideologías son creencias compartidas socialmente y que se asocian a las propiedades características de un grupo, como la identidad, posición en la sociedad, intereses y objetivos, relaciones con otros grupos, reproducción y medio natural (2003: 20).

Sin embargo, para que tales creencias puedan denominarse ideológicas con propiedad, deben ser susceptibles de generar *polémica* (2003: 30), lo cual, en este caso, se cumplía en toda su extensión.

Diódoto, en cambio, modeló una *persona retórica* tendiente a la ecuanimidad, la prudencia y la racionalidad: *es necesario que el buen ciudadano aparezca como mejor consejero que los demás no atemorizando a los oponentes, sino en condiciones de igualdad* (Tucídides 1952: 42, p. 46).

Desde un punto de vista lógico, la retórica del miedo encuentra tierra sumamente fértil en los discursos binarios. Estos polarizan la visión de la realidad (bueno/malo, nosotros/ellos, por ejemplo), características que identifican a la perfección el discurso de Cleón, quien estructura una defensa de la sanción inicial fundamentándose en dos ideas principales: a) es sumamente peligroso para Atenas perdonar al pueblo de Mitilene y b) cualquier orador que esté a favor de que se perdone a ese pueblo ha de ser un corrupto. En relación con la primera de sus tesis, puede citarse la siguiente sección:

(...) esa blandura es peligrosa para vosotros mismos y no os vale el agradecimiento de aquéllos; pues no os dais cuenta de que vuestro imperio es una tiranía sobre gentes que urden intrigas y están dominadas contras su voluntad; gentes que no os obedecen por los favores que les hagáis con perjuicio propio, sino por la superioridad que os da vuestra fuerza y no su amistad (Tucídides 1952: 37, p. 38).

Por su parte, sobre sus oponentes, Cleón afirmaba:

Es de toda evidencia que o se esforzará, confiado en su elocuencia, en demostrar frente a los demás que la resolución que se ha tomado no representa la opinión general, o intentará engañaros, impulsado por un soborno, cuidando la apariencia externa de sus razones (Tucídides 1952: 38, p. 40).

Así, es evidente que Cleón procuraba disuadir a la asamblea y a sus posibles opositores de cualquier intento de cambiar la decisión inicial. Con este propósito, concentra su argumentación en el *pathos*, es decir, el manejo, o, en este caso, manipulación, de las emociones del auditorio. Dicho *pathos* estaba en consonancia armónica con el *ethos* al que antes se ha aludido.

Sobre el temor, Barthes expresa que

(...) es muy raro que ante un habla intimidatoria (que siempre es un habla connotada) tengamos la capacidad de separar en nuestro interior el mensaje denotado (el contenido del discurso) del mensaje connotado (la intimidación). Sucede al revés: el segundo mensaje impregna fuertemente al primero, a veces hasta el punto de sustituirlo e impedir su inteligibilidad: un tono amenazador puede perturbarnos hasta eclipsar totalmente la orden emitida. A la inversa, la disociación de los dos sistemas sería un modo de poner distancia entre el mensaje y el segundo sistema y “objetivar” así su significado (la tiranía, por ejemplo). Es lo que hace un médico a quien el enfermo insulta: no confunde el significado propio del discurso agresivo y el símbolo neurótico que constituye; pero si ese médico abandona su situación experimental y recibe el mismo discurso en una situación real, la disociación será mucho más difícil (2003: 52-53).

En efecto, la estrategia de Cleón se ubica en el ámbito de la connotación: la llamada “fuerza ilocutiva” de cada una de sus intervenciones es *atemorizar*. Para van Eemeren y Grootendorst, la falta ética es innegable. Al respecto, ellos señalarían:

Atentar contra la libertad personal del oponente, negándole el derecho a presentar un punto de vista o a criticarlo, es un intento de eliminarlo como participante serio de la discusión. Esto se puede hacer presionándolo a abstenerse de presentar un punto de vista particular o de ponerlo en duda. También puede hacerse desacreditando su experiencia, imparcialidad, integridad o credibilidad. Generalmente tales maniobras no se ejecutan de una manera directa, sino por medio de desvíos sofisticados y retorcidos. Más que dirigirse directamente al oponente, a menudo están dirigidas a una audiencia que constituye un tercer partido (2003: 128).

Ciertamente, el comportamiento de Cleón violenta el *principio de libertad* que debe regir toda discusión crítica, el cual se formula en

la *regla 1* (de las diez que ellos proponen en su obra) de esta manera: *Las partes no deben impedirse unas a otras el presentar puntos de vista o el ponerlos en duda* (2003: 221).

3. La contrarretórica del miedo

Diódoto identifica con claridad este proceder y rechaza entrar en su peligroso juego lógico. Detecta que entrar en una contención binaria únicamente polarizará la discusión, en detrimento de su tesis. Al respecto, un enfrentamiento directo contra Cleón o su tesis, habría fortalecido la posición de su contendor. Quizá por esto, su esfuerzo se dirigirá fundamentalmente a mostrar la insuficiencia de los sistemas binarios, esto, mediante el empleo de estructuras diádicas para atacar a su oponente y planteando, en general, un sistema de, cuando menos, tres valores para resolver el conflicto.

Sin embargo, ofrecer una exposición lógica a una audiencia popular, no siempre es lo más aconsejable. Diódoto, conocedor de la audiencia a la que se dirigirá, omite denunciar expresamente la estructura lógica de su oponente. En cambio, la denuncia indirectamente, mediante el planteamiento de enunciados ternarios que “romperán el esquema” de Cleón.

De esta manera, inicia su intervención con las siguientes palabras:

Ni censuro a los que de nuevo han abierto debate sobre los mitilénios (primer elemento de la díada), ni alabo a los que se quejan de que se delibere varias veces sobre asuntos decisivos (segundo elemento de la díada); (...) las dos cosas más opuestas a la prudencia (elemento ternario) (los paréntesis son del autor) (Tucídides 1952: 42, p.45).

Estas primeras palabras de su proemio identifican tres tesis claras: a) apertura de un nuevo debate, b) rechazo a nuevas deliberaciones y, tácitamente, c) la prudencia al respecto.

Nótese la inmediata continuación de esta idea:

(...) ni alabo a los que se quejan de que se delibere varias veces sobre asuntos decisivos (este era el segundo elemento de la díada anterior); y pienso que las dos cosas más opuestas a la prudencia (elemento ternario) que existen son la precipitación y el

apasionamiento (una nueva díada) (Tucídides 1952: 42, p. 45 -los paréntesis son del autor).

Las descripciones fácticas iniciales están asociadas a una valoración, la censura, mientras que la prudencia se asocia a alabanza y, tácitamente, ecuanimidad. Además, la prudencia versa sobre *lo que es conveniente*, tema que es el objeto de los discursos deliberativos, que es el contexto hacia el que Diódoto desea llevar a la audiencia, que no el judicial, planteado por Cleón.

Esta técnica se complementa con otras:

(...) la precipitación y el apasionamiento, cosas de las cuales la primera suele producirse en unión con la insensatez, y la segunda con la falta de educación y la cortedad de entendimiento (Tucídides 1952: 42, p. 45-46).

Aquí Diódoto retoma el planteamiento binario de Cleón, pero cuando lo hace, usualmente es para expresar valoraciones negativas. Los disvalores asociados de *precipitación* y *apasionamiento* (elementos de orden conductal) encuentran un paralelo con otros de carácter intelectual. De esta manera, la conducta y la inteligencia del oponente son atacados.

Se aprecia la presencia de un claro esquema argumentativo. *Un esquema argumentativo es un indicador que señala cierta ruta dialéctica elegida* por un argumentador (van Eemeren y Grootendorst 1992: 118). van Eemeren y Grootendorst consideran que hay tres esquemas argumentativos básicos: a) la argumentación por sintomaticidad, b) la argumentación por similaridad y, c) la argumentación por instrumentalidad. La primera de ellas se basa en una relación de concomitancia entre la aceptabilidad de las premisas y la conclusión, la segunda, en una relación analógica y, la última, en una causal.

Diódoto emplea en su exordio, y predominantemente en el resto de su discurso, la argumentación por *sintomaticidad* para definir con claridad y precisión el *quid* de la discusión. Sobre este tipo de argumentos escriben van Eemeren y Grootendorst:

En el primer tipo de argumentación, el hablante trata de convencer a su interlocutor mostrando que algo es *sintomático* de alguna otra cosa. Este tipo de argumentación está basado en un esquema argumentativo en que la aceptabilidad de las premisas se transfiere a la conclusión haciendo comprender que existe una relación de *concomitancia* entre lo que se afirma en el argumento y lo que se afirma en el punto de vista. La argumentación es presentada como si fuera una expresión, un fenómeno, un signo o algún otro tipo de síntoma de lo que se afirma en el punto de vista (1992: 116).

Más adelante, estos autores añaden:

Existen, por supuesto, muchas subcategorías de esquemas argumentativos. Entre los (sub)tipos de argumentación basados en una relación de concomitancia están, por ejemplo, aquellos que presentan algo como una cualidad inherente o como una parte característica de algo más general. Algunos (sub)tipos de argumentación basados en una relación de analogía son, por ejemplo, el hacer una comparación, el dar un ejemplo y el hacer referencia a un modelo. Entre los (sub)tipos de argumentación basados en una relación de causalidad, se incluyen aquellos que señalan las consecuencias de un curso de acción, los que presentan algo como un medio para lograr cierto fin y los que enfatizan la nobleza de una meta con el fin de justificar los medios propuestos para lograrla (1992: 117).

Diódoto rompe hábilmente el esquema lógico planteado por Cleón y propone sutilmente la existencia de una realidad más compleja. La explicitación de este recurso tiene lugar mediante la asociación de valoraciones negativas a la lógica binaria subyacente a Cleón.

En el párrafo siguiente, asume nuevamente, y de manera momentánea, el planteamiento binario.

El que niega que las palabras sean guía de la acción, o es poco inteligente o tiene algún interés personal (Tucídides 1952: 42, p. 46).

¿Qué clase de hombre es el que niega que las palabras sean guía de la acción?, parece preguntarse Diódoto, en una clara alusión a Cleón. A este cuestionamiento responde de manera monológica aunque con un dilema: esos tales son, o poco inteligentes o son movidos por intereses personales, lo que permite atacar a su oponente en sus cualidades mentales y morales, a la vez. La poca inteligencia se asocia con una

reducción al absurdo al afirmar que ese hombre *piensa que es posible por otro procedimiento dar la propia opinión sobre cosas aún no sucedidas u oscuras* (ibídem). Por otro lado, el eventual interés personal se vincula con valores negativos ya que afirma: *queriendo persuadirlos a una cosa poco honorable, piensa que no sería capaz de dar buenas razones en una mala causa* (ibídem).

Aquí, Diódoto introduce una definición: *los que acusan de antemano de oratoria comprada son los oponentes más peligrosos* (ibídem), con la que corresponde a las calumnias de Cleón de sugerir que solo un corrupto (o un estúpido) se opondrían a él cuando señala, según aquel, que *en caso de que uno convenza a los oyentes, queda como sospechoso, y si no tiene éxito, como corrompido además de poco inteligente* (ibídem).

Concluye este período con una nueva terna: *En un caso así, la ciudad no resulta beneficiada, porque es privada de consejeros por el miedo* (ibídem). Aquí, Diódoto, a la pareja de oradores enfrentados, contrapone no un auditorio pasivo, sino un agente que puede actuar y ser perjudicado, la ciudad. Ante ella, *es necesario que el buen ciudadano aparezca como mejor consejero que los demás no atemorizando a los oponentes, sino en condiciones de igualdad* (ibídem), con lo cual, refuta la *persona retórica* asumida por Cleón.

Salta a la vista que el temor no puede ser el instrumento del buen ciudadano, con lo cual se descalifica a Cleón. Contra su perspectiva, Diódoto propone como base la igualdad, así como los valores democráticos que le están asociados.

Cleón había partido de una posición autoritaria. Nuevamente Diódoto asume el sistema binario únicamente para descalificar las limitaciones de su oponente.

Seguidamente, en su discurso Diódoto inicia una digresión sobre *tema de la ciudad*, en el cual el planteamiento tripartita está presente: La ciudad no debe dar más honras al que hace propuestas útiles, pero tampoco debe disminuirlas, ni imponer multas o quitar los derechos civiles a los que fracasen, nuevamente,

debe aplicarse una tercera vía. Recuérdese que era costumbre en Atenas premiar a sus “buenos” consejeros y reprimir a los “malos”, donde tal calificación variaba en función del ánimo de la asamblea, la oratoria y el devenir de los acontecimientos. En este contexto, ¿en qué podría consistir esta otra alternativa? El discurso no lo indica, pero se deduce fácilmente: mantener el *statu quo* del orador y abandonar esa nefasta práctica.

Con esta digresión concluye su relativamente extenso proemio (en comparación con la totalidad del discurso).

Al retomar el hilo de su exposición, Diódoto asume nuevamente su planteamiento triádico:

Yo no he venido ni a hablar contra la resolución para favorecer a los mitilénicos, ni a acusarles. (Tucídides 1952: 44, p. 48).

Estas palabras debieron sembrar extrañeza en la audiencia. Por su medio, captaba la atención de la asamblea mediante una interrogante, ¿a qué ha venido entonces?, pero, además, evitaba una confrontación directa con sus posibles adversarios o quienes tuvieran dudas sobre cómo proceder ante esta situación.

Diódoto aprovecha el momento que ha creado para modificar la *percepción del contexto* en torno a la cuestión mitilénica:

Porque nuestro debate no versa sobre sus crímenes, sino sobre la prudencia de nuestra sentencia (Tucídides 1952: 44, p.48).

El énfasis que Cleón había ofrecido a Atenas sobre la resolución partía de una perspectiva judicial. Aunque Aristóteles sostendría años más tarde que los aspectos judiciales corresponden, por su órgano, a los tribunales (Aristóteles 1999: 1358b 10, 194), y los deliberativos, a la Asamblea, es obvio que existen eventos mixtos. Quizá por esto la *Retórica a Alejandro*, aunque reconoce la existencia de tres géneros retóricos (el deliberativo, el demostrativo y el judicial), enfatiza en sus siete especies (suasoria, disuasoria, laudatoria, vituperadora, acusatoria, exculpatoria e indagatoria, esta última, sola por sí misma o con otra 2005: 209).

Dado que Cleón había “contaminado” o “mezclado” los géneros, con la venia de la asamblea, al judicializar la cuestión mitilénica, Diódoto opta por modificar dicha percepción. Para la *crítica retórica*,

Un texto puede presentar una percepción del contexto o una conciencia particular del mismo nombrando los acontecimientos, objetos y otros aspectos del contexto de un modo determinado (Gill y Whedbee 2003: 247). Si se aprecia bien, se descubre que Diódoto responde al enfoque puro de los géneros discursivos, ya que, ciertamente, años más tarde Aristóteles y Alcidamante de Elea propondrán que el objeto de los discursos deliberativos es *lo conveniente*.

Cada uno de estos <géneros> tiene además un fin, que son tres como tres los géneros que existen. Para el que delibera, <el fin> es lo conveniente y lo perjudicial. Pues en efecto: el que aconseja recomienda lo que le parece mejor, mientras que el que disuade aparta de esto mismo tomándolo por lo peor, y todo lo demás -como lo justo o lo injusto, lo bello o lo vergonzoso- lo añaden como complemento. Para los que litigan en un juicio, <el fin> es lo justo y lo injusto, y las demás cosas también éstos añaden como complemento. Por último, para los que elogian o censuran, <el fin es> lo bello y lo vergonzoso, y éstos igualmente superponen otros razonamientos accesorios (Aristóteles 1999: 1358b 21 -29, 195).

Esta es, precisamente, la perspectiva asumida por Diódoto:

Porque nuestro debate no versa sobre sus crímenes, sino sobre la prudencia de nuestra sentencia; pues aunque yo logre demostrar que obraron con toda maldad, no por eso aconsejaré ejecutarlos si no es conveniente; ni, aunque demuestre que tienen alguna disculpa, aconsejaré dejarles sin castigo si no es con toda evidencia cosa útil para la ciudad (Tucídides 1952: 44, 48).

Con frialdad maquiavélica, Diódoto presenta una *persona retórica* neutral. Nótese que no duda, al menos discursivamente, en mantener la severidad de la resolución inicial si así conviniera a Atenas. *Prudencia y utilidad* son los términos empleados para efectuar el cambio de punto de vista. En este sentido, no deja de hacer una graciosa concesión a su oponente, al

reconocer que la posición de Cleón *es más justa si se mide por vuestra actual indignación contra los mitilénios* (44, p. 49). Empero, de inmediato retoma el tópico de la *percepción del contexto*:

Pero nosotros no estamos querellándonos contra los mitilénios para pedir justicia, sino deliberando sobre ellos para que resulte utilidad para nosotros (Tucídides 1952: 44, p. 49).

Destaca la oposición diádica *querrela/justicia versus deliberación/utilidad*, de exquisito sabor prearistotélico.

Seguidamente, Diódoto hace otra breve digresión.

Primeramente, introduce una idea de capital importancia, *a individuos y Estados es natural el error* (Tucídides 1952: 45, p.49). Ante esta inexorabilidad es necesario tomar previsiones.

Seguidamente, agrega, *los hombres han recorrido toda la escala de las penas al legislar*. En efecto, en procura de contener la delincuencia, las penas se agravan o se reducen, sin éxito alguno, al punto que *la mayoría de ellas han llegado a convertirse en la de muerte; y a pesar de ello se las desafía* (ibídem). Así, se busca cada día más *un motivo de miedo aún mayor* (ibídem).

¿Por qué delinque el ser humano? En la respuesta de Diódoto, nuevamente se aprecia su lógica de tres (o más) valores:

(...) la pobreza inspirando audacia por efecto de la necesidad, la riqueza inspirando deseo de abusar y orgullo por efecto de la insolencia, y las otras circunstancias de la vida encendiendo las diferentes pasiones de los hombres según el vicio incurable e irresistible por el que cada uno es dominado, arrastran a los peligros (Tucídides 1952: 45, p. 50).

Pobreza, riqueza y las otras circunstancias de la vida, la coherencia del planteamiento de este orador es sorprendente, ya que muestra la insuficiencia de los sistemas binarios:

Es sencillamente absurdo y de gran candidez el creer que, cuando la naturaleza humana se lanza a hacer algo con entusiasmo, hay algún medio de contenerla, sea por la fuerza de las leyes o por alguna otra amenaza (ibídem).

Es claro que, en realidad, Diódoto ataca la lógica del pensamiento de Cleón:

Por tanto, es necesario no tomar malas determinaciones confiados en la garantía de la pena de muerte, ni dejar sentado sin remedio para los que se subleven que no habrá posibilidad de arrepentimiento y de reparar la culpa lo antes posible (Tucídides 1952: §46, p. 50 y 51).

Toda la fe de Cleón se depositaba en atemorizar a las ciudades rebeldes, merced a lo cual, era necesario mostrar un castigo ejemplar con la ciudad de Mitilene. Diódoto ha comprobado que esta conclusión no es apodíctica.

La desesperanza de los traidores tampoco es provechosa. Sun Tzu, en *El arte de la guerra* (contexto que coincide con el de la Guerra del Peloponeso), recomendaba a los generales de esta suerte:

Sitúa a tus tropas en un punto que no tengan salida, de manera que tengan que morir antes de poder escapar. Porque, ¿ante la posibilidad de la muerte, qué no estarán dispuestas a hacer? Los guerreros dan entonces lo mejor de sus fuerzas. Cuando se hallan ante un grave peligro, pierden el miedo. Cuando no hay ningún sitio a donde ir, permanecen firmes; cuando están totalmente implicados en un terreno, se aferran a él. Si no tienen otra opción, lucharán (hasta el final) (2000: 106-107).

Es una variante de la contrarretórica del temor, en la cual, esta se neutraliza, dada la magnitud del peligro o de la certeza del mal que se aproxima, algo semejante a la posición del homicida al que le espera la horca sin remedio: no teme más. Poco después, Sun Tzu reitera:

Colócalos en una situación de posible exterminio, y entonces lucharán para vivir. Ponles en peligro de muerte, y entonces sobrevivirán. Cuando las tropas afrontan peligros, son capaces de luchar para obtener la victoria (2000: 115).

Esta posible reacción del enemigo, señala Diódoto, solo perjudicará a Atenas: agravará la resistencia de futuros pueblos rebeldes, encarecerá el costo de la guerra, prolongará los asedios, los cuales, de ser exitosos, únicamente ofrecerán ciudades destruidas que no podrán pagar tributos. Así, colige este orador:

En consecuencia, no debemos perjudicarnos por afán de ser jueces rigurosos de gentes que han cometido una falta, sino ver cómo, con un castigo prudencial, podremos contar en el futuro con ciudades potentes económicamente; ni debemos pensar en defendernos mediante la crueldad de las leyes, sino mediante la previsión de las medidas que tomemos (Tucidídes 1952: 46. p. 51).

Nuevamente, la palabra *prudencia* desempeña un papel crucial: el castigo, si lo hay, cosa que aquí adelanta para minar la oposición, debe ser *prudencial*.

La solución más bien debe ser otra:

Pues bien, lo que hay que hacer no es castigar a los pueblos libres cuando se sublevan, sino vigilarlos bien antes de que lo hagan y anticipárseles con las medidas oportunas, a fin de que ello no les venga ni al pensamiento; y cuando se les venza, atribuir la culpa al menor número posible de personas (Tucidídes 1952: 46, p.51-52).

Destaca que aquí Diódoto anticipa sugerentemente cuál será su propuesta final, esto, para preparar lo que resta de su discurso: no es impunidad, ni castigo ejemplar, es una tercera opción.

Hasta aquí, Diódoto examina situaciones hipotéticas para el futuro. Acto seguido, inicia un examen de la coyuntura contemporánea y las implicaciones de la sanción:

Mirad vosotros mismos cuánto errarías en este último punto si prestáis oído a Cleón (Tucidídes 1952: 47, p. 52).

Conviene tener presente la ascendencia aristocrática de Cleón en Atenas, una ciudad dividida en dos partidos principales, el partido popular y el aristócrata, una realidad que se veía reflejada en numerosas polis griegas de la época.

El partido popular os es favorable ahora en todas las ciudades, y o no se subleva en unión de los oligarcas o, si se ve obligado a ellos, en seguida se convierte en enemigo de los sublevados, y vais a la guerra teniendo por aliada a la masa popular de la ciudad que os hace frente (ibídem).

La *percepción del contexto* propuesta por Cleón sufre un certero golpe político con estas y sus subsecuentes palabras:

Pero si ejecutáis al pueblo de Mitilene, que participó en la sublevación y cuando tuvo armas en su poder os entregó voluntariamente la ciudad, en primer lugar obraréis injustamente matando a vuestros bienhechores (...) (ibídem).

Esta es la primera vez que Diódoto, en este discurso, califica de injusta la decisión inicial de Atenas. Hasta este momento, había tenido la precaución de no enfrentar directamente a sus contendores. Sin embargo, el momento es propicio, ya que ha recapitulado el apoyo inicial que el pueblo mitileno dio a Atenas y lo ha contextualizado en el marco político de la Hélade.

(...) y, en segundo, procuraréis a los ricos lo que más quieren: en cuanto subleven las ciudades, tendrán inmediatamente al pueblo como aliado, por haber hecho ver vosotros que igual castigo aguarda a los culpables y a los que no lo son (ibídem).

Es evidente que la "inocencia" del pueblo de Mitilene es relativa, ya que, en todo caso, apoyó la sublevación contra Atenas. Empero, lo realmente significativo es la rendición de la ciudad y las repercusiones en el marco general de las otras polis.

Ahora, Diódoto adelanta por segunda vez su recomendación, aunque ahora lo hace de manera informal, incluso, casi familiar, a fuer de consejo que se da a un amigo:

Por el contrario, aunque hayan delinquido, debéis de hacer como que no os dais cuenta de ello, a fin de que el único amigo que os queda no se haga enemigo vuestro (ibídem).

En un hábil giro de inteligencia propone *hacerse los desentendidos* con la falta, siempre en consonancia con su propuesta inicial: buscar lo que más convenga a los intereses de Atenas. Nuevamente, no se trata de un problema de justicia, sino de oportunidad.

Estimo que es mucho más oportuno para la conservación del mando que os dejéis ofender de grado que el que ejecutéis con justicia a los que no debéis (ibídem).

Oportunidad versus justicia, es el orden lógico propuesto, el cual se invierte precisamente para referirse a Cleón:

(...) y la justicia y utilidad (nótese la inversión de valores) simultáneas del castigo de que hablaba Cleón, no es posible que tengan realidad mediante aquella ejecución (ibídem).

En este punto, se aproxima el final de su discurso. Su último párrafo tiene una estructura característica: contiene su propuesta definitiva, la cual, se había venido prefigurando en dos ocasiones anteriores, pero se introduce con una breve y rápida recomendación y cierra con un *epifonema* excelente. La recomendación será:

Pensad que son mejores estos consejos, y sin dejaros llevar por la compasión ni por la indulgencia, por las cuales tampoco os aconsejo que os guiéis, en consideración a mi razones aceded a mi propuesta (Tucídides 1952: §48, p. 53).

La estructura binaria se calca en la diada *no compasión/no indulgencia*, ante la cual, el tercer componente es, ahora, *la razón*, que ocupa aquí la posición que la *prudencia* había venido ocupando en todo el discurso.

Diódoto mantiene su imagen ecuánime ante la audiencia, coherente con la tercera vía que él propone, la cual, enuncia en los siguientes términos:

(...) aceded a mi propuesta: juzgad con tranquilidad a los mitilenios que nos envió Paquete como culpables, y dejad vivir según sus leyes a los demás (Tucídides 1952: 48, p. 52).

Este Paquete era hijo de Epicuro y se desempeñó como caudillo de los huestes atenienses contra Mitilene. Tomada la ciudad, envió a Atenas un grupo de mitilenios que había concentrado en Tenedos, también remitió a quienes creía culpables de la sublevación y a Saletto, un dirigente lacedemonio.

Concluye Diódoto su intervención de manera brillante:

Esta resolución es útil para el futuro y temible ya desde ahora para el enemigo; pues el que es prudente en sus decisiones es más poderoso frente al enemigo que el que procede insensatamente apoyado en la fuerza (Tucídides 1952: 48, p. 53).

Nuevamente, la *prudencia* se hace presente. El manejo de este concepto, presente al inicio de su intervención y en este cierre,

brinda un matiz anular a la composición. Ahora, la *prudencia* se asocia con el *poderío frente al enemigo* (un poder de carácter racional) que contrasta con la *insensatez* asociada a la *fuerza militar*, lo cual puede representar como *prudencia: poderío racional :: insensatez: fuerza militar* (la prudencia es al poderío racional como la insensatez es a la fuerza irracional).

Destaca sobremanera cómo Diódoto por vez primera hace suya la lógica del temor: *esta resolución es útil y temible para el enemigo*.

Su razonamiento ha sido, en palabras de van Eemeren y Groostendorf, por un lado, *instrumental*, su propuesta es el medio óptimo para lograr el triunfo de Atenas en todo sentido, por otro, *sintomático*, al caracterizar la prudencia con el poder y la insensatez con la fuerza militar.

De acuerdo con Tucídides, aunque casi se produjo un empate en la deliberación, Diódoto logró triunfar, merced al conjunto de estrategias que combinó y supo engarzar con prudencia y sabiduría.

Su éxito no sorprende. Al aplicar los llamados *criterios intelectuales para evaluar el pensamiento*, propuestos por la Fundación para el pensamiento crítico, se comprueba la calidad del discurso de Diódoto.

Estos criterios son un conjunto de diez *valores* que ha de satisfacer el pensamiento, a saber: claridad, exactitud, precisión, relevancia, profundidad, amplitud, lógica, significado e imparcialidad (para esta sección se parte del estudio de Elder y Richard 2003: 8-20).

La claridad es un principio básico de la comunicación, se refiere a la capacidad del texto para ser comprendido. En este aspecto, es evidente que Diódoto sobresale en su exposición: no hay ambages en su pensamiento y con precisión meridiana transmite el conjunto de sus ideas.

La exactitud, por su parte, se refiere a la ausencia de imprecisiones, errores o distorsiones en el pensamiento. Nuevamente, la valoración del discurso es óptima, ya que no se aprecian yerros de ninguna especie.

El siguiente criterio es la precisión, que alude al grado de detalle a que se llega en el texto. Aquí es notorio el esfuerzo de Diódoto

de considerar el mayor número de perspectivas en su exposición. No solo evalúa todos los planteamientos de Cleón, sino que explora los que él había mantenido ocultos, por ignorancia o por estrategia, lo cual, por supuesto, reforzó su planteamiento.

La profundidad, por su parte, se refiere a la manera como el discurso trata la serie de complejidades del problema. De nuevo Diódoto sobresale en este aspecto. Al modificar la *percepción del contexto* ofreció una serie de alternativas geopolíticas de gran relevancia, que la asamblea ateniense convenía que considerara en el curso de la primera etapa de la guerra.

El siguiente criterio es la amplitud. Se trata de uno de los criterios más difíciles de satisfacer a cabalidad, puesto que examina la forma como se exponen en el texto múltiples puntos de vista. Aquí Diódoto supera sobremanera a Cleón, por cuanto, no solo considera los puntos de vista ofrecidos por su contraparte, sino que ofrece a la asamblea ateniense puntos de vista novedosos que no habían considerados previamente. Esto es parte de su *lógica polivante*, uno de los aspectos más atractivos y significativos de su intervención.

Corresponde ahora revisar la lógica. En este aspecto, Diódoto destaca por su excelente nivel de razonamiento y la coherencia de su pensamiento. En él, *ethos*, *pathos* y *logos* se conjugan para una realización de gran calidad. Su manejo léxico confirma esta percepción, ya que fue inteligentemente seleccionado y articulado para construir la imágenes que desarrolló.

El significado del pensamiento es un concepto que atiende a la relevancia del contenido. Ningún enunciado debe ser trivial. La expresión debe estar ordenada a la construcción del conocimiento y debe aportar información o conclusiones novedosas. Diódoto lo logra de manera ampliamente satisfactoria en su discurso.

Por último, está la imparcialidad. Este criterio pareciera, a primera vista, paradójico: ¿puede alguna persona ser imparcial? Todos tenemos *partido*, evidentemente. Sin embargo, desde un punto de vista crítico, podemos manifestar una intención y un esfuerzo por alcanzar la imparcialidad. Diódoto pertenecía

al partido popular de Atenas y, en la cuestión mitilenea tenía un punto de vista claro y conocido por todos. Sin embargo, su planteamiento pretendió ser imparcial. Ahora bien, era esta actitud sincera. Para valorar esto, se examinan el grado de arbitrariedad en la exposición de las ideas, su fundamentación y el nivel de examen de otros puntos de vista. Esto permite al analista distanciarse de las supuestas buenas intenciones del autor del texto. De esta manera, se comprende que, aunque Diódoto tiene una ideología clara y específica, su aproximación al problema procura ser imparcial.

4. Figuras retóricas y argumentación

La intervención de Diódoto desarrolla exquisitamente numerosas figuras retóricas. Sin embargo, su presencia no obedece a un simple propósito de ornato, sino a una estrategia argumentativa.

Esto implica relacionar el uso retórica con la “ficción”, con el aprovechamiento de situaciones imaginarias. El contexto del discurso y el efecto que produce sobre el auditorio es el que decide si una figura es o no eficaz en la argumentación: lo será si la nueva perspectiva que la figura introduce hace que el espectador la considere “normal” en relación con la situación que siguiere. Si no logra su efecto argumentativo, la figura “degenera” en ornamento, en *figura de estilo* (1998: 309-310).

Entre los autores que más han tratado las propiedades argumentativas de las figuras retóricas están Perelman y Olbrechts-Tyteca, en su *Tratado de la argumentación*, la *Nueva Retórica*, quienes señalan:

Para nosotros, que nos interesamos menos por la legitimación del modo literario de expresión que por las técnicas del discurso persuasivo, nos parece importante, no tanto estudiar el problema de las figuras en su conjunto, como mostrar en *qué y cómo el empleo de ciertas figuras determinadas se explica por las necesidades de la argumentación* (1989: 269, §40).

Este importante valor de las figuras coexiste con el meramente ornamental, en cuyo caso, el término apropiado será el de *figura de estilo*. La diferencia entre uno y otro reside en la función que desempeñen en el texto, aspecto

conocido desde la antigüedad, pero descuidado u olvidado por muchos autores,

Como consecuencia de la tendencia de la retórica a limitarse a los problemas de estilo y expresión, las figuras fueron consideradas cada vez más como simples ornatos, los cuales contribuían a crear un estilo artificial y florido (1989: 268, §40).

En su obra, Perelman y Olbrechts-Tytetca sostienen que:

Para que exista la figura, son indispensables estas dos características: una estructura discernible, independiente del contenido, es decir, una forma (que sea, según la distinción de los lógicos modernos, sintáctica, semántica o pragmática), y un empleo que se aleja de la forma normal de expresarse y que por consiguiente, atrae la atención (1989: 270, §40).

En *Tratado de la argumentación*, se plantea que el valor argumentativo de una figura no solo es variable, sino que, incluso, no depende de la adhesión o no del oyente a la tesis del proponente.

Consideradas desde este punto de vista, es notoria la función argumentativa de las figuras desarrolladas por Diódoto. Pongámonos, por ejemplo, los dos siguientes quiasmos: *piensa que no sería capaz de dar buenas razones en una mala causa* (§42, 46) y *es imposible hacer abiertamente un beneficio sin recurrir al engaño* (§43, 48), en la primera, contribuye en el proceso argumentativo que desbarata la credibilidad de Cleón como consejero del Estado, en el segundo, recrimina a la Asamblea Ateniense de manera *hiperbólica* sus malas prácticas políticas, que previamente han sido introducidas con una *litotes* (*a causa de su excesiva sutileza*), con la que califica a este órgano político.

La *divisio* (división), por su parte, es muy gustada por Diódoto, quien aprovecha su ínsita estructura argumentativa, ya que

(...) distingue dos cosas, aduce las causas de ambas y las resuelve: ¿por qué debería yo reprocharte nada? Si fueras honesto, no lo merecerías, y si fueras deshonesto, no de dejarías turbar (Retórica a Herenio, IV, 40, citada por Mortara 1988: 269).

Diódoto gusta sobremedida de aprovechar todo su potencial, tal y como se aprecia en su empleo dentro del exordio a su intervención:

(...) y pienso que las dos cosas más opuestas a la prudencia que existen son la precipitación y el apasionamiento, cosas de las cuales la primera suele producirse en unión con la insensatez, y la segunda con la falta de educación y la cortedad de entendimiento (Tucídides 1952: §42, p. 45-46).

Seguidamente agrega:

El que niega que las palabras sean guía de la acción, o es poco inteligente o tiene algún interés personal: poco inteligente si piensa que es posible por otro procedimiento dar la propia opinión sobre cosas aún no sucedidas y oscuras; y es movido por un interés personal, si, queriendo persuadirnos a una cosa poco honorable (...) (Tucídides 1952: El que niega que las palabras sean guía de la acción, o es poco inteligente o tiene algún interés personal (Tucídides 1952: §42, p. 46).

Donde se conjuga la expresión con la *etiología*, otra figura de manifiesta raigambre argumentativa al explicar o fundamentar una tesis.

La *correctio* (corrección) es también muy del gusto de Diódoto, tal y como se aprecia en la recurrencia de su empleo. Así, su propio discurso inicia con estas palabras:

Ni censuro a los que de nuevo han abierto debate sobre los mitilénios, ni alabo a los que se quejan de que se delibere varias veces sobre asuntos decisivos; y pienso que las dos cosas más opuestas a la prudencia (...) (Tucídides 1952: §42, p.45).

Más adelante, concluido el exordio, retoma su tesis:

Yo no he venido ni a hablar contra la resolución para favorecer a los mitilénios, ni a acusarles. Porque nuestro debate no versa sobre sus crímenes, sino sobre la prudencia de nuestra sentencia (Tucídides 1952: §44, p.48).

No podía faltar su presencia nuevamente en la conclusión:

Pensad que son mejores estos consejos, y sin dejaros llevar por la compasión ni por la indulgencia, por las cuales tampoco os aconsejo que os guiéis, en consideración a mi razones acceded a mi propuesta (Tucídides 1952: §48, p. 53).

La teoría pragma-dialéctica de van Eemeren y Grootendorst, califica este tipo de actos de habla como *actos declarativos de uso*,

(...) como las explicaciones, aclaraciones, ampliaciones y definiciones. Por ejemplo: “El término *retórico* se usa aquí en el sentido de persuasivo”. Su propósito es facilitar o incrementar la comprensión del oyente respecto de otros actos de habla, indicándole cómo deben ser interpretados (2002: 60).

Más que un argumento en sí mismo, es una herramienta de gran utilidad en las distintas etapas de discusión, puesto que ayuda a precisar la tesis o conjunto de tesis en debate, tal y como los autores recién citados expresan:

(...) pueden cumplir un rol beneficioso en todas las etapas de una discusión crítica. En la etapa de confrontación, pueden desenmascarar disputas verbales espurias; en la etapa de apertura, pueden clarificar confusiones acerca de los puntos de partida o acerca de las reglas de la discusión; en la etapa de argumentación, pueden evitar una aceptación o un rechazo prematuros y en la etapa de clausura, pueden evitar una resolución ambigua. Por lo tanto, las peticiones de proporcionar declarativos de uso, tales como especificaciones y ampliaciones, también pueden cumplir un rol muy útil en una discusión crítica (2002: 60-61).

En este sentido, es claro que las figuras retóricas no solo pueden formar parte de argumentos o, incluso, ser ellas mismas un argumento, sino que pueden contribuir considerablemente a la claridad del razonamiento, así como de sus partes (premisas y conclusión).

Esta misma línea argumentativa de las figuras está presente en los *dilemas* que presenta Diódoto, *verbi gratia* en:

El que niega que las palabras sean guía de la acción, o es poco inteligente o tiene algún interés personal (Tucídides 1952: §42, p. 46).

Donde ataca directamente a su contrincante. En cambio, ya sobre su tesis propiamente dicha, ofrece este otro:

Por tanto, es necesario no tomar malas determinaciones confiados en la garantía de la pena de muerte, ni dejar sentado sin remedio para los que se subleven que no habrá posibilidad de arrepentimiento y de reparar la culpa lo antes posible (Tucídides 1952: §46, p. 50 y 51).

Dicha figura tiene un papel fundamental en la exposición de este orador, ya que debió

desmantelar el aparente *dilema* formulado por Cleón, para quien solo había dos alternativas ante la *cuestión mitilenea*: condena a todo el pueblo o absolución total, tal y como supra se ha indicado.

Una valoración semejante posee el *exemplum* (el ejemplo), mediante el cual el orador puede pretender validar, ratificar su tesis:

Considerad que ahora, si una ciudad que hace defección se da cuenta de que no va a triunfar, puede llegar a un acuerdo de paz ... (Tucídides 1952: §46, p. 51).

La función de las constantes *definiciones* introducidas por Diódoto es cabalmente identificada por el *Manual de Retórica* como de aclaración semántica (1988: 273); piénsese al respecto en *a individuos y Estados es natural el error* (Tucídides 1952: §44, p. 49), premisa con base en la cual podrá argumentar contra la pena de muerte como el mejor y más ejemplificante de los castigos.

Adicionalmente, puede mencionarse el valor argumentativo de las metáforas, sobre las que Teun van Dijk expresa que *existen pocas figuras retóricas y semánticas tan persuasivas* (2003: 120), cuya misma estructura se cimenta sobre el razonamiento analógico (Aristóteles 1992: 1457b17 y ss). Diódoto emplea, a manera de ilustración, la deliciosa metáfora de la *palabra* como *guía de la acción*, mediante la cual, pretende legitimar su presencia en la discusión, a la vez que reivindica su derecho a ser escuchado, pese a la oposición de Cleón.

5. A manera de conclusión

El análisis ofrecido confirma el excelente valor argumentativo, literario y retórico del discurso de Diódoto transmitido por Tucídides. Muestra cómo la inteligencia, la razón y el arte son instrumentos que pueden ser aprovechados en la lucha contra la arbitrariedad y el autoritarismo.

Igualmente, ha podido validarse el modelo aristotélico como herramienta de análisis, el cual, puede conjugarse con planteamientos modernos, como el de la pragma-dialéctica y el de Perelman-Olbrechts-Tyteca.

Por último, el presente estudio ha permitido iniciar una propuesta interesante sobre el valor de las figuras retóricas en el plano argumentativo, sobre el cual, se espera poder profundizar en el mediano plazo.

Bibliografía

- Alcidamente de Elea y Anaxímenes de Lámpsaco. 2005. Testimonios y Fragmentos / Retórica a Alejandro. Introducción, traducción y notas por Juan Luis López Cruces, Javier Campos Daroca y Miguel Ángel Márquez Guerrero. Madrid: Editorial Gredos.
- Aristóteles. 1992. *Poética de Aristóteles. Edición trilingüe por Valentín García Yebra*. 2ª reimpresión. Madrid: Editorial Gredos, S. A.
- Aristóteles. 1999. Retórica. Introducción, traducción y notas por Quintín Racionero. 2ª reimpresión. Madrid: Editorial Gredos.
- Barthes, Roland. 2003. *El Sistema de la moda y otros escritos*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A.
- Camacho Naranjo, Luis. 1983. *Introducción a la lógica*. 1ª edición. San José, Costa Rica: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Elder, Linda y Paul, Richard. 2003. Pensamiento analítico. Extraído el 1 de junio de 2010 del sitio Web The Foundation for Critical Thinking: www.criticalthinking.org.
- Gill, Ann M. y Whedbee, Karen. 2003. Retórica. En Teun A. van Dijk (Ed.), *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I. Una introducción multidisciplinaria*. 2ª reimpresión (pp. 233-270). Barcelona: Editorial Gedisa, S. A.
- Mortara Garavelli, Bice. 1988. *Manual de retórica*. 3ª. Edición. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L. 1989. *Tratado de la argumentación. La Nueva Retórica*. 1ª. Reimpresión. Madrid: Editorial Grados, S. A.
- Plantin, Christian. 2008. La argumentación. 2ª reimpresión. Barcelona: Book Print Digital.
- Sun Tzu. 2000. *El arte de la guerra. Versión de Thomas Cleary*. 18ª edición. Buenos Aires, Argentina: Arca de Sabiduría.
- Tucídides. 1952. Historia de la guerra del Peloponeso. Traducción nueva de Francisco Rodríguez Adrados. Tomo segundo. Libros III, IV y V. Madrid. Librería, Casa Editorial Hernando, S.A.
- van Dijk, Teun A. 2003. *Ideología y discurso*. 1ª edición. Barcelona: Editorial Ariel, S. A.
- Van Eemeren, Frans H. y Grootendorst, Rob. 2002. *Argumentación, comunicación y falacias. Una perspectiva pragma-dialéctica*. 2ª edición. Ediciones Universidad Católica de Chile: Santiago, Chile.
- van Eemeren, Frans H.; Grootendorst, Rob; Jackson, Sally y Jacobs, Scott. 2003. Argumentación. En Teun A. van Dijk (Ed.), *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I. Una introducción multidisciplinaria*. 2ª reimpresión (pp. 305-333). Barcelona: Editorial Gedisa, S. A.